

juntos combatimos por la mas gloriosa y santa de las banderas : la bandera de la salvacion : dejemos pues á un lado mezquinas rencillas, y odiosas rivalidades acerca de los símbolos de nuestras dignidades terrenas. Solo requiero, y solo pido que Leopoldo de Austria restituya el pendon de Inglaterra si le tiene en su poder, y Ricardo dirá, aunque no tiene para ello otro motivo que el bien de la santa Iglesia, que se arrepiente del colérico arrebató que le indujo á insultar el pendon de Austria.

Leopoldo no dió respuesta alguna á este discurso de Ricardo Sus miradas estaban fijas en la tierra, y en su rostro se pintaban la confusion, el odio y la incertidumbre; todo lo cual, junto con el natural embarazo y lentitud de su índole, le estorbaba hallar palabras para responder debidamente en tan delicadas circunstancias.

El patriarca de Jerusalem se apresuró á sacarle de su apuro, y tomó la palabra para asegurar, como testigo de vista, que Leopoldo se habia lavado por medio de un jura-

mento solemne, de toda inteligencia y participacion directa ó indirecta en la agresion cometida contra el estandarte de san Jorge.

— Entonces, dijo Ricardo, confesaré que he menoscabado el honor de Austria, y agraviado injustamente al noble archiduque. Imploro su perdon por haberle imputado accion tan indigna y cobarde, y le presento mi mano en señal y prenda de amistad y fraternidad. Pero ¿ qué es esto ? ; Austria rehusa mi mano desnuda, como rehusó antes mi guante de malla ! ; Qué ! ; Ni serémos compañeros en paz, ni enemigos en guerra ! Bien... sea asi ! Tomaré la poca estima en que me tiene, por penitencia del daño que le he hecho en un momento de exasperacion, y nada nos deberémos uno á otro.

Al acabar estas palabras se volvió á su asiento, mirando al archiduque con mas dignidad que desprecio, en tanto que el Austriaco pareció tan aliviado, al verse libre de aquel crítico encuentro, como el tímido muchacho cuando sale de la presencia de su inflexible pedagogo.

— Noble conde de Champaña, continuó Ricardo, ilustre marques de Monserrate, valiente gran maestre de los templarios, aquí teneis á un penitente contrito y humillado. ¿Teneis algunos cargos que hacerme? ¿Alguna satisfaccion que demandarme?

— Yo tan solo tengo que presentar una queja contra el rey de Inglaterra, dijo el boquidulce Conrado, y es que coge para sí todos los laureles que produce la tierra de Palestina, y no deja á sus hermanos una sola rama, con que puedan adornar sus frentes.

— Mi acusacion, si se me da la venia de presentarla ante los nobles príncipes de la cruzada, dijo el maestre de los templarios, es mas grave y de mas consecuencia que la del ilustre marques de Monserrate. Extraño parecerá que solo alce la voz en esta ocasion un fraile soldado, mientras enmudecen tantos altos personajes, y acreditados caudillos: pero importa á la hueste entera de caballeros cruzados, y tambien importa á Ricardo de Inglaterra, que se explanen en su presencia, los cargos que en su ausencia con tan

fundadas razones se le hacen. Nosotros todos alabamos, y tenemos en gran aprecio y estima el valor, y las ínclitas proezas del rey de Inglaterra; pero todos tambien desaprobamos, y no podemos sobrellevar esa superioridad que se arroga, esa precedencia que reclama, y de que se apodera, con respecto á unos príncipes independientes, que por ningun motivo deben someterse á tan manifiesta violacion de su igualdad. De nuestra libre y plena voluntad seriamos, sin duda alguna, en gran manera condescendientes con quien ha traído á la hueste de Cristo tanta intrepidez, tanto celo, tanta riqueza y tanto poder; pero cuando exige como legítimos derechos lo que pudiera y debiera aguardar de nuestra cortesía y favor, degrada, menoscaba y envilece á sus hermanos y aliados, cual si fueran sus vasallos y pecheros, humillando á los ojos de nuestros soldados y súbditos, el lustre de nuestra autoridad, como si no nos fuera dado ya ejercerla. Puesto que el valiente Ricardo quiere que se le hable la verdad, puesto que

la pide con tanta sencillez y franqueza, no extrañe ni se enoje al escucharla de uno que ha renunciado á las pompas de este mundo, y á cuyos ojos la autoridad temporal es nada, salvo en cuanto pueda conducir á la prosperidad del templo de Dios, y á la humillacion del leon que ruge en busca de una presa que devorar. La verdad quiere saber, y la verdad he dicho, y esta verdad puede ser confirmada, y lo es en efecto por todos los que me oyen, por mas que les cierre los labios el respeto.

Ricardo mudó muchas veces de color, en tanto que el gran maestro dirigia este violento y descubierto ataque á su conducta. El murmullo de aprobacion con que fué recibido el discurso por los príncipes de la asamblea, le dió á conocer que todos ellos asentian en la justicia de la acusacion. Aunque se hallaba tan resentido como avergonzado, al verse expuesto á las hostilidades de sus enemigos, conoció que si daba rienda suelta á los impulsos de su corazon, facilitaba un triunfo seguro á su frio acusador, que quizas no tenia otro objeto que irritarle

en presencia de los otros caudillos, y estrecharle á salir de la moderacion que tan ilustre reunion de magnates imponia. Por tanto reprimiendo con nuevo esfuerzo la passion que en aquel momento le dominaba, se mantuvo en silencio, hasta haber repetido en voz baja un paternoster, que era el remedio que le habia dado su confesor, como el mas seguro y eficaz, para calmar los empujes de su ira. El rey habló despues en los términos siguientes, con comedimiento y apacibilidad, pero con algunos visos de amargura, que se notaron sobre todo al principio de su discurso.

— ¿Y no es mas que eso? ¿Y tantas dificultades han hallado mis hermanos en descubrirme las flaquezas de mi índole, y la precipitacion y ceguedad de mi celo, que á veces involuntariamente, y sin intento premeditado, me lleva á dar la voz de mando, cuando quizas seria mas acertado y mas prudente consultar á mis iguales, y obrar de acuerdo con su parecer? Lejos estaba yo de pensar que esas ligeras ofensas, á que alude

6.

el valiente gran maestre de los templarios, y en que la intencion no tiene la menor parte, hubieran echado tan profundas raices en los corazones de unos príncipes cristianos, no menos prudentes que generosos. ¿Podía yo sospechar siquiera que por causa mia alzarían la mano del arado mis compañeros, cuando tan poco espacio queda para acabar el surco? ¿Que solo por mi causa se detendrían á las puertas de Jerusalem, cuando sus aceros han sabido abrirles el camino? En vano me envanecía yo con la esperanza de que mis pobres servicios contrapesarian el recuerdo de mis errores. En vano me consolaba la idea de que siempre he sido el primero en el ataque, y el último en la retirada; si mi bandera ondeaba en los campos conquistados por mi acero, esta era la única ventaja que me satisfacía, en tanto que otros se enriquecían con los despojos. Pude llamar mia la ciudad sometida, y cedí su dominio á otros. Quizas habré formado planes temerarios, pero no he escaseado mi sangre ni la de los míos, para llevarlos á ejecución. Quizas

en la confusion de la marcha ó de la accion, he tomado el mando de huestes ajenas; pero sus soldados han sido tratados como los míos, y con dinero de mis cofres se les han proporcionado víveres y medicinas, que sus propios soberanos no podían suministrarles. Mengua es, señores príncipes, recordar lo que ninguno sino es yo hubiera debido olvidar. Pensemos en cosas de mas peso; pensemos en el porvenir, y no haya miedo que el orgullo, ni la temeridad, ni la ambicion de Ricardo sirvan de obstáculo en el camino á que la religion y la gloria os llaman. No, no, jamas. No sobreviva yo al pensamiento de que mis flaquezas y enfermedades han disuelto y relajado los vínculos de paz y de concordia que ligan á los príncipes del ejército de la cruz. Cortárame la mano izquierda con la derecha, si así fuera preciso para atestiguaros mi sinceridad. Cederé, si quereis, todo mando, toda autoridad en las huestes, y aun en las de mis vasallos naturales. Mándelos y gobiérnelos el príncipe que designeis. Su soberano trocará el baston de gefe

por la lanza de aventurero, y se alistará bajo los órdenes de Beau-Seant, en los escuadrones de los templarios; ó seguirá el pendon de Austria, con tal de que un hombre de pro le conduzca. Empero si estais cansados de esta guerra, y el peso de la armadura os abruma y molesta, dejad á Ricardo diez ó quince mil hombres de las tropas que mandais, para que pueda llevar á cabo el cumplimiento de vuestro voto; y cuando se rescate la ciudad santa, cuando los hijos de la cruz se apoderen de Sion, no se escriba en sus puertas el nombre de Ricardo Plantagenet, sino los nombres de los príncipes generosos con cuyos auxilios se complete la gran obra del triunfo del cristianismo.

La enérgica elocuencia, y la expresion animosa y determinada del heróico monarca, excitaron de pronto los abatidos espíritus de los príncipes cruzados, encendieron su devocion, y fijando todo su interes y todo su celo en el objeto de la empresa que habian jurado llevar á cabo, hicieron avergonzar á muchos de ellos de la parte que habian to-

mado en disensiones fundadas sobre tan frá-giles cimientos. Miráronse unos á otros como si mutuamente se alentasen á la pelea, y muy en breve sus aclamaciones respondieron unánimemente al impulso que habia comunicado á sus almas la voz sonora é irresistible de Corazon de Leon. Todos prorumpieron en el grito de guerra con que Pedro el Ermitaño conmovió la Europa, y cubrió de guerreros cristianos las playas del Oriente. « Dios lo quiere, Dios lo quiere. A Jerusalem, á Jerusalem. » A estos gritos siguieron las expresiones de la admiracion y de la confianza que inspiraban las heróicas prendas del monarca ingles. Todos te seguiremos: mándanos tú con formidable acero. Ninguno es mas digno de guiar á los valientes. ¡ Bendito sea el que nos envia el brazo que ha de ejecutar sus preceptos.

Los gritos mil veces repetidos de los príncipes que estaban reunidos en el pabellon del consejo, llegaron á oidos de los piquetes de alabarderos que formaban la guardia del circuito exterior, y muy en breve resonaron

entre los diferentes tercios del ejército de la cruzada, que sea por efecto de la ociosidad, ó por influjo del clima, habian empezado á desanimarse y á perder el brio que en tantas ocasiones habian manifestado. Pero la presencia de Ricardo y el bélico rumor que de la tienda del consejo salia, bastaron á revivir el entusiasmo amortiguado de las tropas. Millares de voces repetian en confusa algazara y en diferentes idiomas : «A Sion, á Sion. Guerra contra los infieles. A las armas, á las armas. Dios lo quiere : Dios lo quiere.»

Las voces del ejército llegaron á oídos de los príncipes, y redoblaron su fervor. Los pocos que hasta entonces babian permanecido indiferentes, temieron que se sospechase su celo y su religion. Solo se hablaba en el consejo de marchar intrépidamente á Jerusalem cuando terminase la tregua; solo se trataba de medidas necesarias para aprovisionar y aumentar los tercios. El consejo se separó con todas señales de la huena fe y de la resolucion decidida de marchar al enemigo; mas estas intenciones, que nunca habian existido

en los ánimos de algunos príncipes, en breve se resfriaron y desvanecieron en los de los otros.

El marques de Monserrate y el gran maestro de los templarios, que eran los mas opuestos á la prosecucion de la empresa, se retiraron juntos á sus cuarteles, inquietos y poco satisfechos con las ocurrencias del dia.

— Ya te lo habia dicho, marques, dijo el templario, con la amarga sonrisa que caracterizaba su fisonomía : Ricardo romperá la armazon de tus tramas y enredos, como el leon rompe los débiles tejidos de la araña. Ya lo has visto. Con solo abrir la boca, ha hecho lo que ha querido de esa manada de insensatos, como el viento disipa y arrebatá las pajas de una era.

— Cuando el viento ha pasado, respondió el marques, las pajas vuelven á caer al suelo.

— Pero, ¿ no ves ademas, dijo el templario, que tú mismo has echado á perder el negocio, y que Ricardo puede aceptar el convenio que tan contrario á sus ideas y sentimientos te parecia? Buena la has hecho,

amigo Conrado. De modo que si esta efervescencia pasa, y los príncipes persisten en retirarse, y Ricardo queda solo y á sus anchas, no por eso dejará de ser rey de Jerusalem, si conviene en ello Saladino, y se estipula asi en el tratado.

— Por Mahoma, y por las barbas de todos los califas, dijo Conrado, ya que no es moda echar juramentos cristianos, que eres un pobre hombre si te imaginas que Ricardo consentirá jamas en unir la sangre de Plantagenet con la de un soldan mahometano. Toda mi política se ha esmerado en introducir en el convenio una cláusula que siempre mirará con horror este altivo isleño, puesto que tan malo seria para nosotros que fuese rey por pacto ó por derecho de conquista.

— Tu política no ha sabido calcular las disposiciones de Ricardo, respondió el gran maestre: yo las conozco, por ciertas cosas que me ha referido el arzobispo. ¿De qué ha servido todo ese alboroto que has fraguado sobre la bandera? El caso que se ha hecho del tal incidente, es el que en realidad mere-

cian dos varas de terciopelo bordado. Marques, tu ingenio, empieza á flaquear, y de ahora en adelante solo pondré confianza en mis propios designios. ¿Tienes alguna idea de esa gente que los Sarracenos llaman charegitas.

— Sí, dijo el marques; son unos entusiasmados devotos y fanáticos que sacrifican la vida al triunfo y á los progresos de su religion... asi... por el estilo de los templarios, con la diferencia de que van de buena fe, y nunca se detienen ni retroceden de su propósito.

— No es tiempo de chanzas, dijo el templario; sabe pues que uno de esos charegitas ha hecho voto de quitar la vida al que ellos miran como el principal y mas formidable enemigo de su religion.

— Excelente Turco, dijo Conrado, y Mahoma le dé el paraiso en galardón.

— Ha caido en manos de uno de nuestros escuderos, dijo el gran maestre, y habiéndole yo examinado privadamente, ha confesado de plano su proyecto.

— El cielo perdone, dijo Conrado, á

quien le impide llevar adelante su designio.

— Es mi cautivo, continuó el templario, y le tengo separado de los otros y privado de toda comunicacion; pero un cautivo puede escaparse de su prision.

— Por supuesto, dijo el marques, y sobre todo, cuando el que le guarda deja sin remachar la cadena.

— Si en efecto se escapa, dijo el templario, no haya miedo que desista del cumplimiento de su voto, porque estos alanos no abandonan la pieza, una vez que la han husmeado.

— No hablemos mas, dijo el marques; ya veo adonde vas á parar. El medio es horroso: pero las circunstancias son muy urgentes. El refran dice que los muertos no hablan.

— Dígotelo porque no te coja descuidado el tumulto, continuó el templario; y porque no sabemos donde irá á descargar la rabia de los Ingleses. Hay otro grande inconveniente. Mi page sabe las intenciones de este charegita, y es ademas un mozalvete

presumido y entonado, que quiere que yo vea todo por sus ojos, y no por los míos. Quisiera deshacerme de él, y ojalá lo hubiera hecho antes. Pero mi orden me autoriza á ciertas medidas, que en este caso pueden ser muy conducentes.... no.... aguarda.... mejor será que el Sarraceno encuentre un puñal en su calabozo, y es probable que haga uso de él, cuando vea entrar al page con la comida.

— Eso puede dar otro colorido al lance, dijo el marques, pero...

— Pero, dijo el Templario, es palabra de necios. El hombre de seso ni vacila, ni se retrata; sino que resuelve y ejecuta.